

das esas tumbas por cercos de piedra, como las otras, pero estaban nada más á unos tres pies en la arcilla endurecida y carecían de losas frente á la entrada. Mr. Hartman halló en una de ellas seis cuerpos más ó menos descompuestos, lo que revelaba que se había hecho uso del sepulcro durante largo tiempo. En el mismo cementerio enterraban los mexicanos á sus muertos.

Continué mi viaje río abajo á través de la región antiguamente ocupada por los tubares. Como era intenso el calor, viajaba de noche á la luz de la luna llena. De cuando en cuando tocaba el camino con el gran río, donde el estrépito de las ranas era extraordinariamente lúgubre y monótono, á la vez que tan fuerte que fácilmente se oía, las noches tranquilas, á dos millas de distancia.

El viento me abanicaba con sus cálidas ráfagas produciéndome sueño, y sólo cuando mi mula me hacía pasar junto de las ramas de algún espino, despertábame en medio de fantásticos bosques de cactus, apeñuscados y sin hojas, y recibiendo la claridad de la luna inmóviles, negros y silenciosos á manera de espectros con innumerables brazos levantados. El ensordecedor ruido de las ranas parecía servir de portavoz á los pensamientos de aquellos fantasmas que me intimaban á no seguir avanzando; pero la mula aceleraba su paso, y deslizábanse las sombras más y más rápidas arriba y abajo del pedregoso y resbaladizo sendero que culebreaba entre aquella selva poblada de apariciones.

De día soplaba un viento fuerte, ardoroso y desagradable que hacía difícil hasta el ensillar las mulas, pero las noches eran serenas. En el pueblo de San Ignacio, nadie habla la lengua tubar. Las grullas azules tienen allí un lugar permanente de propagación en una roca casi perpendicular, de cuatrocientos á seiscientos pies de alta, donde conté hasta veinte nidos.

Bajando hacia la tierra caliente, hay un punto donde es preciso dejar el río y ascender á la región de los pinos.

Dicho sitio se encuentra abajo del pueblo de Tubares. Estréchase allí el río formando rápidos, y se ha calculado que en las avenidas sube el agua sesenta y cinco pies. Los lagartos no pasan de esos rápidos. En dos días de camino se puede llegar de Morelos al ondulante suelo de Sinaloa, á *la costa*, que es aun más caliente que las barrancas.

En San Ignacio dejé el río y torcí al noreste en dirección á Batopilas. Después de pasar cinco agradables días en la hospitalaria casa de Mr. Shepherd, volví á subir á la sierra, y cuando hube visitado á los indios de Santa Ana y sus inmediaciones, llegué á Guachóchic. Dejadas mis mulas á cargo de Don Carlos García, pronto me dirigí de nuevo hacia el noreste para regresar á los Estados Unidos, pasando por varios ranchos de indios, y llegué por último á Carichic (en tarahumar *Garichi* significa "en donde hay casas" probablemente antiguas) el 31 de julio. Á menos de una hora de distancia del lugar, nos sorprendió la tormenta más fuerte que habíamos presenciado hasta entonces mis mexicanos y yo. Pocos minutos bastaron para que se inundaran los campos hasta donde podía alcanzar la vista y comenzó á correr una agua turbia por el camino que seguíamos. Á medida que avanzábamos, pisando sobre el lodo, iban llenándose rápidamente los arroyos, y como la lluvia no cejaba, crecía á toda prisa la fuerza de las corrientes. Cuando estuvimos apenas á trescientas varas de la ciudad, nos vimos á la orilla de un lodoso raudal que con tal arrebató se precipitaba, que iba arrancando pedazos del banco, y arrastrando consigo pinos pequeños y ramas de árboles. Ante la imposibilidad de cruzarlo, tuvimos que armarnos de paciencia y esperar á que disminuyese la lluvia para vadear el agua, y todo el siguiente día se empleó en secar mis objetos.

Un año más tarde, hallábame otra vez en Carichic, y de allí me encaminé á Guachóchic. Tuve que pasar una noche en la casa de un indio civilizado, pues llovía muchí-



simo para quedar fuera de techo. La casa era de piedra y lodo, carecía de ventanas y era necesario cerrar la puerta á causa de los perros, con lo cual no quedaba camino para el aire, á no ser por la chimenea. Había en el pequeño cuarto nueve personas y un niño, y ¡cosa increíble! dormí bien.

Mis bestias y avíos habían sido bien cuidados en Guachóchic, y arreglé con don Carlos García llevar la mayor parte de lo que mis objetos á Guanaseví, ciudad minera del vecino Estado de Durango, mientras con algunas de las mejores mulas cruzaba la barranca de San Carlos y proseguía mi camino por las regiones que habitaban los tarahumares y tepehuanes. Encontré un tarahumar tartamudo, el único indio con semejante defecto de que tuve noticia.

El camino que seguí de Guadalupe y Calvo á Guanaseví pasa por una parte de la Sierra Madre, que tiene de nueve á diez mil pies de altura y no está habitada, y durante dos días no encontramos á nadie. En invierno es aquella región muy inhospitalaria por las fuertes nevadas que caen, las que, según se cuenta, han hecho perecer á varios individuos. Se dice que un arriero perdió en una ocasión veintisiete mulas. En las aguas son tan abundantes los osos que, según informes fidedignos, han atacado y comídose á varios tarahumares.

Pasamos una noche en un sitio donde hacía algún tiempo habían matado los ladrones á un hombre. Uno de mis mozos mexicanos estaba temblando de miedo de que fuésemos á oír gritar al muerto, lo que provocó entre todos una discusión sobre si los muertos pueden gritar ó nó, quedando conformes en que los muertos gritan, pero no se aparecen. Tal es, por lo demás, la creencia general de los indios. Mi criado tepehuán manifestó vivísimo interés en los argumentos. Animósele prestamente la cara por el miedo, y la idea del muerto sacudió su indolencia y lo hizo que ayudara eficazmente á mi arriero principal en

la vigilancia de las mulas durante la noche. Tanto se le aguzaron los sentidos, que pudimos estar tranquilos respecto á los ladrones, y desde esa vez fue realmente un hombre útil, activo y listo.

Hay una pequeña agrupación de tarahumares que viven á pocas millas al norte de Guanaseví, cerca de San Pedro. Extraje de allí algunos cuerpos que habían sido enterrados varios años antes en un pequeño llano. Las fosas estaban á unos cuatro pies de profundidad. En Guanaseví estaba en auge la bonanza de la plata, lo que producía grande actividad.

Nos hallábamos por entonces fuera de la sierra propiamente dicha; pero en la ruta hacia el sur que seguí durante varios días, nunca estuve á más de treinta millas de la cordillera de montañas. En Zape, veinte millas al sur, hay algunas ruinas antiguas, respecto de las cuales no necesito detenerme, por haber sido descritas las principales de ellas por E. Guillemin Tarayre, que hizo exploraciones en México en tiempo de Maximiliano. Baste decir que frecuentemente se ven en las crestas de las bajas colinas, paredes construídas de piedras sueltas, atribuídas á los cocoyomes. Vense también piedras clavadas en el suelo, formando círculos y cuadrados, y frecuentemente se encuentran útiles de piedra hermosamente pulida.

Á un lado de Zape hay cierto número de antiguas grutas sepulcrales, registradas por los buscadores de tesoros. Mencionaré, como cosa curiosa, que un criado mexicano extrajo en una excavación un gran terrón de sal que dimos al ganado.

Una tarde pasó por mi campamento pequeña y alegre comitiva de hombres y mujeres, á caballo los unos y los otros á pie. Uno de los ginetes iba tocando el violín y otro un tambor. Cierta vieja que acababa de subir para vender algo, me explicó que llevaban á enterrar "un ángel," término con que se designa en México á los niños pequeños,



y alcancé á ver un bulto blanco, muy bien envuelto, que una mujer llevaba sobre una tabla. Díjome la que me informaba que cuando muere algún niño, sus padres se lo dan de buena voluntad al cielo, encienden cohetes y bailan alegremente, sin llorar por él, para que el chico pueda entrar en el paraíso y no se vuelva á recoger las lágrimas.

El camino del sur conduce á través de un terreno ondulado que carece de interés. Á juzgar por los grupos de ranchos, tan numerosos que llegan á formar pueblos, la tierra debe de ser fértil. Ya no se encontraban indios, sino sólo mexicanos. Por todo el camino fuimos observando cruces, erigidas en los sitios donde habían perecido algunas víctimas de los ladrones, ó donde éstos también habían sido muertos.

Aunque generalmente se lleva á enterrar al cementerio á los que mueren ya sea fusilados ó asesinados, se levanta una cruz en el sitio en donde caen. Las cruces, pues, son recuerdos del terror que prevaleció en México no ha mucho tiempo. La mayor parte de las víctimas fueron de los llamados *árabes*, ó vendedores ambulantes que por tales se hacen pasar, los cuales son algunas veces sirios ó italianos, pero por lo común mexicanos.

El punto más importante por donde pasé fue la ciudad de Santiago Papasquiari, población de regular tamaño, situada en una rica región agrícola. El nombre del lugar significa probablemente "paz quiero," aludiendo quizás á la terrible derrota que causaron los españoles á los indios en el siglo XVII. Hay fundamento para creer que antes de 1593 había sido recorrida y poblada por blancos esa parte central y occidental de Durango, y que muchos españoles habían establecido haciendas en diversos puntos del valle. Hasta 1616 quedaron vencedores de los tepahuanes, cuando éstos, juntamente con los tarahumares y otras tribus, se rebelaron contra ellos. Todos los naturales se alzaron á la vez y mataron á los misioneros, quemaron

las iglesias y arrollaron á los españoles. Una fuerza de indios, cuyo número se calculó que era de 25,000 hombres, marchó contra la ciudad de Durango, sembrando el pánico por todas partes y amenazando exterminar á los *gachupines*; pero el gobernador de la provincia reunió á los blancos en número de 600 y "determinó mantener en paz la provincia que su Majestad Católica había puesto bajo su guarda." Derrotó al enemigo, dejando en el campo más de 15,000 muertos de los insurrectos, sin que por su parte sufriese grandes pérdidas. Los indios, entonces, pidieron paz, y después de castigar debidamente á los cabecillas, se los dispersó para que formasen varios pueblos. Duró la insurrección sobre un año, y en el curso de los siguientes siglos ocurrieron muchos otros sangrientos encuentros entre los nativos y sus nuevos amos, dando por resultado el que no hayan podido conservarse los indios en el Estado de Durango, fuera de los extremos del norte y del sur.

Había una epidemia de fiebre tifoidea en algunas de las rancharías, y vi en el camino dos perros colgados de un árbol que habían sido muertos porque los había atacado la rabia. Soplaban noche y día en los llanos que se extendían á lo largo del río, un fuerte viento que no dejaba de molestarnos bastante. Fue, pues, un verdadero descanso para nosotros volver á la sierra, como á catorce millas al sur de Papasquiari, y encontrarnos una vez más entre pinos y madroños.